

Juan Eslava Galán

LA
FAMILIA
DEL
PRADO

Un paseo desenfadado y sorprendente
por el museo de los Austrias y los Borbones



JUAN ESLAVA GALÁN

LA FAMILIA DEL PRADO

*Un paseo desenfadado y sorprendente por el museo
de los Austrias y los Borbones*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal) Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

- © Juan Eslava Galán, 2018
Derechos cedidos a través de Silvia Bastos, S. L., Agencia Literaria
- © Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Iconografía: Grupo Planeta

- © de las ilustraciones del interior, archivo del autor, © Icastro, © Archivo Fotográfico Museo Nacional del Prado, Colección Particular Luis Miguel Aguilar, © Album, © Erich Lessing / Album, © Joseph Martin / Album, © Oronoz / Album, © Granger, NYC / Album, © Fine Art Images / Album, Patrimonio Nacional, © Antonio López, VEGAP, Barcelona 2018, © Heritage / AGE, © DEA Picture Library / AGE, *La infanta Margarita Teresa*, de Francisco Ignacio Ruiz de la Iglesia, cortesía de Kaho Mitsuki, © ACI / Alamy, © Kunsthistorisches Museum, Vienna, Austria / Bridgeman Images, © Fine Art Studio / Shutterstock

Diseño y maquetación de las guardas y el cuadernillo a color: Diego Carrillo

Primera edición: octubre de 2018
Depósito legal: B. 20.169-2018
ISBN: 978-84-08-19442-2
Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Impresión: Unigraf
Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Índice

<i>Introducción</i>	11
1. ISABEL LA CATÓLICA (1451-1504)	27
2. JUANA I DE CASTILLA, LA LOCA (1479-1555)	35
3. CARLOS I DE ESPAÑA (Y V DE ALEMANIA) (1500-1558)	47
4. ISABEL DE PORTUGAL, ESPOSA DE CARLOS I (1503-1539)	73
5. FELIPE II (1527-1598)	81
6. LAS DOS PRINCESAS	95
7. MARÍA MANUELA DE PORTUGAL, PRIMERA ESPOSA DE FELIPE II (1527-1545)	107
8. MARÍA TUDOR, REINA DE INGLATERRA, SEGUNDA ESPOSA DE FELIPE II (1516-1558)	113
9. ISABEL DE VALOIS, TERCERA ESPOSA DE FELIPE II (1546-1568)	121
10. EL PRÍNCIPE DON CARLOS, PRIMOGÉNITO DE FELIPE II (1545-1568)	127
11. ANA DE AUSTRIA, CUARTA ESPOSA DE FELIPE II (1549-1580)	137
12. FELIPE III (1578-1621)	147

13. MARGARITA DE AUSTRIA-ESTIRIA, ESPOSA DE FELIPE III (1584-1611)	153
14. EL DUQUE DE LERMA, VALIDO DE FELIPE III (1553-1625)	161
15. FELIPE IV (1605-1665)	171
16. ISABEL DE BORBÓN, PRIMERA ESPOSA DE FELIPE IV (1602-1644)	179
17. MARIANA DE AUSTRIA, SEGUNDA ESPOSA DE FELIPE IV (1634-1696)	191
18. EL CONDE-DUQUE DE OLIVARES (1587-1645)	195
19. DIEGO RODRÍGUEZ DE SILVA Y VELÁZQUEZ, APOSENTADOR Y PINTOR (1599-1660)	199
20. <i>LAS MENINAS</i>	215
21. CARLOS II EL HECHIZADO (1661-1700)	223
22. MARÍA LUISA DE ORLEANS, PRIMERA ESPOSA DE CARLOS II (1662-1689)	231
23. MARIANA DE NEOBURGO, SEGUNDA ESPOSA DE CARLOS II (1667-1740)	235
24. FELIPE V DE BORBÓN (1683-1746)	239
25. MARÍA LUISA GABRIELA DE SABOYA, PRIMERA ESPOSA DE FELIPE V (1688-1714)	249
26. ISABEL DE FARNESIO, SEGUNDA ESPOSA DE FELIPE V (1692-1766)	255
27. LUIS I (1707-1724)	263
28. LUISA ISABEL DE ORLEANS, ESPOSA DE LUIS I (1709-1742)	267
29. SEGUNDO REINADO DE FELIPE V REINTAURADO	273
30. FERNANDO VI (1713-1759)	277
31. BÁRBARA DE BRAGANZA, ESPOSA DE FERNANDO VI (1711-1758)	279
32. CARLOS III (1716-1788)	283
33. MARÍA AMALIA DE SAJONIA, ESPOSA DE CARLOS III (1724-1760)	293
34. LAS MAJAS DE GOYA	297

35. CARLOS IV (1748-1819)	301
36. MARÍA LUISA DE PARMA, ESPOSA DE CARLOS IV (1751-1819)	307
37. LA FAMILIA DE CARLOS IV	311
38. EL INFANTE DON LUIS (1727-1785)	317
39. JOSÉ I (1768-1844)	323
40. FERNANDO VII (1784-1833)	327
41. MARÍA ANTONIA DE BORBÓN LORENA, PRIMERA ESPOSA DE FERNANDO VII (1784-1806)	337
42. MARÍA ISABEL DE BRAGANZA, SEGUNDA ESPOSA DE FERNANDO VII (1797-1818)	339
43. MARÍA JOSEFA DE SAJONIA, TERCERA ESPOSA DE FERNANDO VII (1803-1829)	343
44. MARÍA CRISTINA DE BORBÓN Y DOS SICILIAS, CUARTA ESPOSA DE FERNANDO VII (1806-1878)	347
45. ISABEL II (1830-1904)	351
46. FRANCISCO DE ASÍS DE BORBÓN, ESPOSO DE LA REINA ISABEL II (1822-1902)	361
47. AMADEO DE SABOYA (1845-1890)	365
48. MARIA VICTORIA DAL POZZO Y DELLA CISTERNA, ESPOSA DE AMADEO DE SABOYA (1847-1876)	375
49. ALFONSO XII (1857-1885)	377
50. MARÍA DE LAS MERCEDES DE ORLEANS Y BORBÓN, PRIMERA ESPOSA DE ALFONSO XII (1860-1878)	383
51. MARÍA CRISTINA DE HABSBURGO-LORENA, SEGUNDA ESPOSA DE ALFONSO XII (1858-1929)	385
52. ALFONSO XIII (1886-1941)	391
53. VICTORIA EUGENIA DE BATTENBERG, ESPOSA DE ALFONSO XIII (1887-1969)	397
54. LA FAMILIA DE JUAN CARLOS I (1938)	401
<i>Epilogo</i>	403
<i>Bibliografía y filmografía</i>	405

CAPÍTULO 1

Isabel la Católica (1451-1504)

En 1469, en Valladolid, una fría mañana de otoño, se celebró una boda que iba a alterar el curso de la historia de España. La novia, Isabel, había cumplido dieciocho primaveras y era una chica menuda, rubia, ancheta de caderas y con cierta tendencia a engordar. Su crianza entre intrigas palaciegas la había madurado prematuramente, de modo que «pocas y raras veces era vista reír como la juvenil edad lo tiene por costumbre. Tanto en el aire de su pasear y beldad de su rostro era lucida, que si entre las damas del mundo se hallara por reina y princesa de todas, uno que nunca la conociera le fuera a besar las manos».¹

El novio, Fernando, un año más joven que Isabel, «era home de mediana estatura, bien proporcionado en sus miembros, en las facciones de su rostro bien compuesto, los ojos rientes, los cabellos prietos é llanos, é hombre bien complisionado», según lo describe Hernando del Pulgar.

Isabel podía considerarse afortunada. Sus anteriores pretendientes habían sido a cual más inadecuado: el propuesto

1. Puyol (ed.), *Crónica incompleta de los Reyes Católicos (1469-1476)*, Academia de la Historia, Madrid, 1934.

por el rey, don Alonso Girón, era un patán que por edad podría ser su abuelo; el duque de Gloucester, futuro Ricardo III de Inglaterra, era jorobado, feo y ruin.²

La boda de Fernando e Isabel se celebró en secreto porque la novia se casaba sin el plácet real al que previamente se había comprometido. Además, los contrayentes eran primos segundos y carecían de la dispensa papal (la que entregaron al sacerdote oficiante era tan falsa como un euro de plastilina).

El cronista Diego de Valera nos cuenta los detalles de la boda: «El príncipe y la princesa consumaron matrimonio. Y estaban a la puerta de cámara ciertos testigos puestos delante, los cuales sacaron la sábana que en tales casos suelen mostrar, además de visto la cámara donde se encerraron, la cual en sacándola tocaron todas las trompetas y atabales y ministriles la mostraron a todos los que en la sala estaban esperando que estaba llena de gente».

O sea, una boda con exhibición de «sábana pregonera» para testimoniar tanto que la novia había llegado virgen al matrimonio como que este se había consumado y no cabían devoluciones.

A Isabel no le correspondía reinar. En el orden sucesorio la precedía su sobrina Juana, la legítima heredera a la que una facción de la nobleza rechazaba por creerla fruto del adulterio de la reina con el favorito real don Beltrán de la Cueva (por eso la apodaban la Beltraneja). Estalló una guerra civil y los partidarios de Isabel derrotaron a los de Juana.

2. Se abrió paso hasta el trono asesinando a sus sobrinos de corta edad, y cuando estaba a punto de obtener su merecido, clamaba: «Mi reino por un caballo», como nos enseña Shakespeare en su famoso drama histórico.

Isabel, reina usurpadora al fin y al cabo, fue muy favorecida por los cronistas. Uno de ellos, Diego de Valera, la llama «dama Ysabel, reina de España», a pesar de que, en puridad, España no existía todavía.³ Otro cronista, Pedro Mártir de Anglería, escribe: «El rey no sorprende que sea admirable —se refiere a Fernando—, pues leemos en las historias incontables ejemplos de hombres justos, fuertes, dotados de virtud, incluso sabios. Pero la reina Isabel, ¿quién me encontrarías tú entre las que empuñaron el cetro, que haya reunido juntas en las empresas de altura estas tres cosas: un grande ánimo para emprenderlas, constancia para terminarlas y juntamente el decoro de la pureza? Esta mujer es fuerte, más que el hombre más fuerte, constante como ninguna otra alma humana, maravilloso ejemplar de pureza y honestidad. Nunca produjo la naturaleza una mujer semejante a esta».

El de los Reyes Católicos fue un matrimonio ejemplar dentro de lo que cabe, porque Fernando era algo mujeriego, lo que atormentaba a Isabel («amaba de tanta manera a su marido, que andaba sobre aviso con celos a ver si él amaba a otras»). Como discreta, Isabel procuraba alejar de su

3. España era todavía un término geográfico aplicable a la península ibérica. Había sido término político en tiempo de la monarquía visigoda, pero como dijimos no volvería a designar a una comunidad nacional unida bajo una misma administración y unas mismas leyes hasta el siglo xviii (exceptuando a los vascos, que siempre hacen rancho aparte). Los Reyes Católicos se aunaron en un esfuerzo común, pero los súbditos de Castilla consideraban extranjeros a los de Aragón, y viceversa. Más adelante, en el siglo xvi, cuando Castilla logró cierta supremacía, algunos historiadores la identificaron con España.

entorno a toda dama frescachona que pudiera atraer al cónyuge: «Placiale tener cerca de sí a mujeres ancianas que fuesen buenas e de linaje». Es decir, se rodeaba de lo que, en la detestable metáfora machista afortunadamente desterrada de nuestro uso común, se ha venido a definir como loros correosos. Excuso decir que Fernando, casi siempre volandero a causa de las obligaciones del cargo, incurrió en deslices de los que derivaron hijos bastardos, algo que ha venido siendo bastante normal entre reyes y gentes de flaca moralidad.⁴

Isabel reinaba en Castilla y su esposo en Aragón, cierto, pero cada cual ayudaba al otro en las empresas de su reino⁵ porque eran «una misma voluntad que moraba en dos cuerpos» (hasta el punto de que para dar noticia del alumbramiento de la reina los cronistas escribían «este año parieron los reyes nuestros señores»). Por eso en la heráldica real, profusamente repetida en edificios, monedas y libros, vemos enlazarse las iniciales de sus nombres, el yugo de «Ysabel» y el haz de flechas de «Fernando».

4. «E como quiera que amaba mucho à la Reyna su muger, pero dábase á otras mujeres», dice Hernando del Pulgar. Isabel tuvo que resignarse y disimular sus celos. Las cuatro damas que merecieron más intensa atención del rey fueron la vasca Toda de Larrea, la portuguesa Pereira (que tuvieron del rey sendas hijas llamadas María a las que metió a monjas); la catalana Joana Nicolau, casada con el condestable Fernández de Velasco, primer duque de Frías, con la que tuvo a Juana de Aragón, y la también catalana Aldonza Roig de Ivorra, amor de juventud con la que tuvo dos hijos, Alfonso de Aragón, futuro arzobispo de Zaragoza, y Juana.

5. Castilla, empeñada en la conquista del reino moro de Granada y la colonización de América; Aragón, en la expansión mediterránea, península itálica y aledaños, en fiera competición con Francia.

Ocho hijos alumbró el feliz matrimonio y, como no daban puntada sin hilo, a todos los casaron estupendamente con herederos de las monarquías europeas que rodeaban a Francia, como si pusieran cerco a la tradicional enemiga de Aragón.

Casi puede decirse que los Reyes Católicos cumplieron todos sus ambiciosos proyectos (sometimiento de la nobleza, conquista de Granada y Nápoles, descubrimiento de América, expulsión de los judíos...), pero el principal se les malogró.

El heredero de la Corona en el que habían puesto todas sus esperanzas, el príncipe Juan, murió joven (a lo que diagnosticaron los médicos, debido a sus excesos conyugales con su joven e insaciable esposa),⁶ y la segunda en la línea sucesoria, la princesa Isabel, casada con el rey de Portugal, murió de sobrepeso.

Muertos los dos primeros, los derechos dinásticos recaían sobre la tercera hija, Juana, casada con el duque de Borgoña, Felipe el Hermoso, mentado en páginas precedentes.

6. Dice el cronista Anglería en una carta que le escribe al cardenal de Santa Cruz el 14 de junio de 1497: «Preso en el amor de la doncella, ya está demasiado pálido nuestro joven príncipe. Los médicos justamente con el rey, aconsejan a la reina que alguna vez que otra aparten a Margarita del lado del príncipe, que los separe y les dé tregua [...] la cópula tan frecuente constituye un peligro para él [...] se le pueden reblandecer las médulas y debilitar el estómago». Pero la cristianísima Isabel dijo no: «No es conveniente que los hombres separen a quienes Dios unió con el vínculo conyugal», y el desventurado don Juan murió deslechado como sus contemporáneos creyeron (o más probablemente de tuberculosis, que era crónica en su tiempo).

Juana padecía cierto desorden mental (por Juana la Loca la conocemos), de manera que era de temer que su ambicioso marido gobernara Castilla y Aragón a su antojo (ya queda dicho que los reinos venían a ser fincas particulares de los reyes).

Fernando le hizo un duelo, seguramente sincero, a la gran Isabel («su muerte es el mayor trabajo que en esta vida me pudiera venir y el dolor me atraviesa las entrañas»), pero enjugadas las lágrimas tenía que ocuparse de sus obligaciones como monarca. ¿Cómo librar a su querido Aragón de caer en las manos de Felipe el Hermoso, el aborrecido yerno?

Solo había una manera de evitarlo: casándose de nuevo y engendrando un hijo varón que lo heredara. Estudió el catálogo de posibles princesas casaderas y halló que, dada la situación política internacional, lo más conveniente era casarse con una sobrina del rey de Francia, Germana de Foix, una joven quizá no muy agraciada («poco hermosa y algo coja», anota el cronista Sandoval), pero de estimable alzada, robusta y ancha de caderas, lo que garantizaba un buen canal del parto.⁷

La boda se celebró en 1505, tan solo unos meses después de la muerte de Isabel (el tiempo apremiaba). La novia apenas cumplía dieciocho primaveras; Fernando había rebasado cincuenta y cinco otoños y además estaba bastante cascado por una vida trabajosa y no siempre reglada. Demasiada mujer, quizá, para el viudo.

Germana se había criado en la corte francesa donde triunfaba el Renacimiento. Era alegre, algo leída, aficionada a la música, a la danza, a la buena mesa y un punto casquivana.

7. Prendas a las que cabe agregar que la chica aportaba como dote los derechos del francés sobre los territorios italianos.

En España, donde las costumbres eran más severas, Germana de Foix pareció un tanto frívola. «Amiga mucho de holgarse y andar en banquetes, huertos y jardines, y en fiestas —escribe Sandoval—. Introdujo esta señora en Castilla comidas soberbias, siendo los castellanos, y aún sus reyes, muy moderados en estas. Pasábansele pocos días que no convidase o fuera convidada. La que más gastaba en fiestas y banquetes con ella, era más su amiga».

Algún cortesano creyó —ya entonces— que por ser francesa y casada con un viejo se la podría requebrar. Craso error. El celoso Fernando no quitaba ojo al bomboncete que se había agenciado. Al vicescanciller de Aragón, Antonio Agustín, lo encarceló en el castillo de Simancas «por haber requerido los amores de la reina Germana».

Apremiaba darle a Aragón un heredero. Uniendo el gusto a la razón de Estado, Fernando reiteró cuanto pudo el acto matrimonial y consiguió hacerle un hijo a la nueva esposa, Juan de Aragón y Foix, pero el infante murió a las pocas horas de nacer. Vuelto al tajo, quizá con más vehemencia de la prudente a su edad, Fernando dio en ayudarse con la viagra de la época, la mosca cantárida (o mosca española). Nunca lo hiciera, porque probablemente murió de sobredosis.⁸

Estaba de Dios que España cayera en manos de extranjeros, los Habsburgo o Austrias.

8. Según el cronista Lorenzo Galíndez de Carvajal, «muchos creyeron que murió de un potaje que le dieron en Carrioncillo, cerca de Medina, para ejercitar su potencia [...] con sabiduría de su segunda mujer, la reina Germana, porque deseaba mucho parir del rey por haber sucesión en los reinos de Aragón». El potaje era de turmas de toro, o sea, de criadillas, por creerse entonces que de lo que se come se cría. Quizá no fueran del todo descaminados.